

Entrevista a Sylvia Braun de Bagnulo¹



VIVIÁN RIMANO² Y SOLEDAD SILVA³

Vivián Rimano: Bueno, Sylvia, queríamos preguntarte si tú considerás que el odio es un concepto de peso, potente para el psicoanálisis...

Sylvia Braun: El odio muchas veces queda asociado a otros conceptos, como ser la pulsión de muerte, la agresividad, la destructividad, las frustraciones. Los distintos marcos teóricos han conceptualizado el odio de maneras diferentes, en las que se dan puntos de encuentro y puntos de desencuentro; los más antagónicos serían Klein y Winnicott, en cuanto a la aceptación de la pulsión de muerte.

Klein parte de la segunda teoría de las pulsiones de Freud, mientras que Winnicott no acepta la pulsión de muerte, y el odio toma otras vías de expresión. Si nos manejamos con la concepción kleiniana de que toda hostilidad deriva de la pulsión de muerte, perdemos de vista otros aspectos clínicos, como el valor positivo de la agresividad en el desarrollo temprano. Pongamos el ejemplo de un niño que se muestre destructivo, atacando el encuadre y rompiendo lo que construyó. En un caso, la interpretación puede quedar más del lado de un ataque sádico a la madre o del lado de la necesidad de ser contenido, sostenido ante una vivencia de derrumbe o de angustias impensables, o mismo del desborde pulsional.

1 Miembro titular de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay. sbraun@gmail.com

2 Miembro titular de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay. vrimano@adinet.com.uy

3 Analista en formación del Instituto Universitario de Postgrado en Psicoanálisis de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay. psicodil@gmail.com

- v. R.: Eso tendría que ver con que jerarquizamos lo interno pulsional y/o la respuesta del otro para pensar el odio...
- s. B.: Creo que el otro está siempre, el asunto es qué se prioriza. En Klein se prioriza la pulsión y el mundo interno; en Winnicott, el medio ambiente. Para continuar, voy a referirme en primer lugar a Freud, el Freud de la primera teoría de las pulsiones, pulsiones de autoconservación y las sexuales. Dice que el odio es más antiguo que el amor. Y, en ese sentido, plantea que el odio brota de la repulsa primordial que el yo narcisista opone al mundo externo que le prodiga estímulos; el odio sería una reacción a lo displacentero. Freud no lo plantea desde el punto de vista pulsional; sin embargo, como el odio aparece como una exteriorización de la reacción de displacer hacia el mundo externo, queda bastante asociado a las pulsiones de autoconservación. Freud agrega que lo que produce displacer es odiado, y que el odio puede convertirse en una tendencia agresiva.
- v. R.: ¿La agresión cómo la entenderías, según Freud? ¿Sería algo de ligadura con la pulsión erótica? ¿Implicaría algo de ligadura con lo sexual para Freud?
- s. B.: Si nos ubicamos en la primera teoría de las pulsiones y desde el desarrollo psicosexual, el sadismo anal está ligado a lo erótico, de manera que, como tú decís, implica ligadura. Luego, Freud, al introducir la segunda teoría de las pulsiones, el componente destructivo queda depositado en el superyó, y puede quedar desligado de Eros cuando se refiere al sadismo del superyó y al masoquismo del yo. A mí me interesaba mucho destacar, dentro de la línea freudiana, el aporte de Héctor Garbarino en relación con la noción del odio y la respuesta hostil. Garbarino opone el duelo por el objeto al duelo por el yo. En el duelo por el objeto, la pérdida es del objeto, mientras que en el duelo por el yo, la pérdida es del yo. Esta diferenciación abre una dimensión clínica muy importante, porque cuando la pérdida es por el objeto, tal como lo plantea Freud en el texto *Duelo y melancolía*, el mundo se siente vacío y pobre, mientras que en la depresión narcisista, es el yo el que se siente vacío y pobre. Pero en la melancolía también hay una pérdida del yo, que es secundaria a la pérdida del objeto. ¿Por qué se pierde el yo en el duelo melancólico? Cuando es un duelo melancóli-

co, la libido que queda libre, no se desplaza a otro objeto, sino que se retira sobre el yo, y al haber una identificación con el objeto, el objeto cae sobre el yo. Dice Freud: «la sombra del objeto cae en el yo», ahí es donde el yo se pierde porque queda identificado con un objeto que es el objeto perdido. Freud agrega que esta identificación narcisista lleva a que el odio se ensañe con el objeto, ahora parte del yo, denigrándolo y haciéndolo sufrir; esto lo vemos en las autoacusaciones y en los reproches que tiene el melancólico. En el caso de la melancolía, por lo tanto, la pérdida del yo es secundaria a la pérdida del objeto. En cambio, la depresión narcisista o el duelo por el yo como lo plantea Garbarino remite a una herida narcisista que adquiere una dimensión traumática. Y el sujeto, a diferencia del melancólico, reacciona de un modo paranoide, dando lugar a acusaciones al objeto que frustró en una reivindicación paranoide. En estos casos, el sujeto no solo retira su libido sexual del objeto, sino que siente rechazo y hostilidad hacia el objeto, culpándolo del fracaso narcisista.

V. R.: ¿Y cómo es esto de que la pérdida del yo es secundaria a la pérdida del objeto en la melancolía?

S. B.: Si lo comparás con el duelo narcisista, queda más claro. ¿Por qué la herida del yo adquiere una dimensión de trauma? En estos casos hay un predominio del yo ideal, y el yo omnipotente está amenazado de perderse. En estos casos, las representaciones de sí inconscientes ya tienen la vivencia de un vacío del yo porque ese yo está identificado con un yo ideal, mantenido con la negación; se niegan todas las situaciones de frustración, todo lo que cuestione esa representación omnipotente. Cuando surge la herida narcisista, el que se desmorona es el yo ideal y, con él, el yo grandioso. Entonces, con el desmoronamiento del yo ideal, los sentimientos de vacío e impotencia se instalan. Es importante la articulación entre el yo ideal y los ideales del yo, la relación que mantienen entre ambos, cómo se ha estructurado el sujeto en relación con estos dos ideales. Garbarino entiende que, en los casos de duelo narcisista, los ideales del yo también sufren el mismo destino, al no ser suficientemente firmes. Habría una identificación con el yo ideal y, por otro lado, los ideales del yo no serían suficientemente sólidos como para sostener la autoestima. Entonces, acá la pérdida es del yo,

junto con el ideal del yo. En cambio, en la melancolía la pérdida es secundaria a la pérdida del objeto porque primero se pierde el objeto y, secundariamente, se pierde el yo por la identificación que hace con el objeto perdido, y el yo sucumbe a la sombra del objeto.

V. R.: Importante para la clínica.

S. B.: Bueno, yo quería ahora traer un breve relato clínico. Es una paciente del sexo femenino con fallas tempranas, frágil, que presenta mucha dificultad para verse a sí misma, dada su alta valoración narcisista y una dificultad para la percepción de los otros. En el momento en el que la pareja de años mantiene una relación con otra mujer y se separa de ella, sufre una herida muy fuerte, provocada por el abandono. Esta situación suscitó una herida a su autoestima, que no pudo tramitar a través de un duelo; la reacción que tuvo fue paranoide, acusando y atacando con odio e ira a su pareja. Era un odio que, más que separarla, la unía, porque vivía muy pendiente de los movimientos de él. Ella me (se) decía: «Míreme -en una actitud grandiosa-, ¿cómo puede haberme dejado a mí?». Era impensable para ella que pudiera ser abandonada. Esta paciente en una actitud reivindicativa se veía impulsada a actuaciones intrusivas en la vida de la expareja. Por ejemplo, se presentaba donde él estaba, lo perseguía, y en alguna ocasión que lo encontró en un restaurant con la pareja, entró e hizo una escena, por lo cual realmente le hacía la vida imposible a su expareja, a la que también intentaba provocar. Estas actuaciones de odio, las vivía como un triunfo omnipotente sobre la pareja, en las que recuperaba ilusoriamente la omnipotencia del yo; era ilusorio porque después la realidad se imponía, y la invadía el sentimiento devastador de desvalorización. Garbarino plantea que el trabajo de análisis para elaborar el duelo por el yo depende del mantenimiento de los ideales de yo, que permitirían recuperar una esfera de intereses más culturales de otro orden. La encrucijada en este tipo de pacientes es entre las aspiraciones omnipotentes del yo ideal (que siempre son muy altas) y el sentimiento de impotencia y vacío del yo.

V. R.: Se me ocurre pensar si la reacción paranoide de la depresión narcisista por la pérdida del yo no la protege en cierta medida de un suicidio.

S. B.: ¿Tú te planteas si desde el lado del duelo narcisista podría haber algo más melancólico?

- v. R.: Sí, sí, que lo podría estar protegiendo en esa proyección de todo lo malo y destructivo en el otro.
- s. B.: Pensando contigo, a lo mejor el riesgo del trabajo de análisis puede ser que al disminuir los mecanismos proyectivos, la negación pueda dar lugar a aspectos más depresivos o de tipo melancoliformes. En otros casos, podemos observar fisuras en la omnipotencia del yo, sin llegar a esta herida narcisista, posiblemente con un yo más sostenido por un equilibrio entre un yo ideal y los ideales del yo. La paciente es una persona que es muy exitosa en su profesión, pero que se siente muy insatisfecha profesionalmente con sus logros y siente que en cualquier momento puede fallar; es una vivencia que tiene permanente de que va a fallar y no va a poder sostener el triunfo, un estado de éxito frágil. Se cuestiona si será una impostora, que lo que logró no es auténtico, y por otro lado, también en algún momento muestra aspiraciones de trascender con sus logros. Dice que su trabajo es una mierda, que no sirve para nada, expresando oscilaciones en la valoración de sí. También dice «esta soy yo», entonces esta «soy yo» ¿quién es?, ¿cuál de las dos es? Me parece que se destaca una representación de sí siempre amenazada, un yo que está siempre amenazado, que no llega a un desmoronamiento porque están los ideales del yo que están apoyados en lo profesional y le ofrecen una gratificación que le permite sostener la autoestima al tiempo que surgen estos vaivenes.
- v. R.: Sí, es interesante esto de sentirse una impostora, como lo no auténtico, como lo no apropiado.
- s. B.: El que está cuestionado es el yo, podemos pensarlo también como un falso *self*, sería su falso *self*, cáscara, el que es valorado mientras su verdadero *self* queda confinado, experimentando el malestar.
- v. R.: Bien, la falla narcisista.
- s. B.: Sí, Winnicott, que es postkleiniano, no acepta la pulsión de muerte y entiende que el odio se da en una etapa muy tardía, ya que en las etapas tempranas lo que hay es amor primitivo o fuerza vital. El odio recién entra en escena cuando es una responsabilidad del yo, y depende de que haya una integración. Lo interesante en Winnicott es que él establece distintas pautas de integración. Hay una integración que parte del encuentro del bebé con el medio a través de los movimientos, el

bebé encuentra el medio, descubre el ambiente a través de su propia movilidad, que sería esta fuerza primitiva; eso va a constituir una pauta relacional donde el yo se va integrando, vinculándose con este medio ambiente encontrado. Pero si el medio ambiente se vuelve intrusivo, entonces, en vez de hacer una experiencia individual, el bebé reacciona frente a la intrusión. Esto, dice, genera que la movilidad solo se experimente como una reacción ante la intrusión del medio, entonces acá la integración tiene que pagar un precio, que es que la intrusión, porque esta se vuelve necesaria para lograr la integración. Esta pauta tiene un valor positivo, y en este sentido podríamos acercarlo a la pulsión de autoconservación. Esto genera una pauta relacional paranoide, una forma de vínculo paranoide, que no es equivalente a la kleiniana.

V. R.: Marcaría como algo entre la diferenciación entre el sujeto y el objeto.

S. B.: Lo que planteás nos introduce en la paradoja de la sobrevivencia del objeto.

Soledad Silva: Yo acá tengo una paradoja, pero no sé si es esa... El odio ambiental es condición de poder amar.

S. B.: A esa paradoja me voy a referir más adelante. La paradoja de la destrucción y la supervivencia del objeto plantean un giro conceptual de la destructividad desde un ángulo creativo. Se ataca, en la fantasía, la relación con el objeto. Cuando Winnicott habla de relación de objeto, se refiere al objeto subjetivo. Luego se accede al objeto percibido objetivamente, que permite la diferenciación entre el sujeto y el objeto, como tú decís, Vivián. ¿Cómo pasa esto? Cuando estamos en el registro del objeto subjetivo, es un mundo omnipotente, y esta destructividad apunta a colocar al objeto fuera del área del control omnipotente. El niño ataca y destruye al objeto en la fantasía, que es el objeto omnipotente, objeto subjetivo, y el objeto externo sobrevive, no toma represalia; esta destructividad no viene del odio, está al servicio de poder hacer la distinción entre lo que soy yo y lo que es el otro, lo que es el mundo externo. Se trata del pasaje de lo narcisista a lo objetal, al objeto externo.

V. R.: Esta reacción que tú decías frente a la intrusión del medio ambiente ¿es una reacción sobre el objeto subjetivo?

S. B.: No, es como que el niño necesita encontrar oposición para lograr la integración, pero eso queda como una pauta de relación. Después,

se da con el objeto externo, por eso es una pauta paranoide, donde necesita encontrar en el mundo externo oposición para lograr la integración. Ahora, del lado de lo objetivo, creo que tú Soledad hacías referencia a esa otra paradoja.

s. s.: El odio ambiental es condición de poder amar.

s. B.: Winnicott dice que es necesario encontrar odio objetivo. En ese sentido, el lugar de lo externo diferenciado del mundo omnipotente es muy importante. Sostiene que para encontrar amor objetivo es necesario encontrar odio objetivo, porque el odio objetivo justamente es el odio que sale de la escena de la omnipotencia y de la proyección. Desarrolla este tema en un artículo que se llama «El odio en la contratransferencia». Ahí Winnicott plantea que, en pacientes graves –digamos en psicóticos antisociales, que suponen una carga emocional muy grande para el analista–, por mucho que se quiera a los pacientes, no se pueda evitar odiarlos, lo que es parecido a lo que le puede pasar a una madre con su bebé, que lo quiere, pero que llega un momento en que realmente... no duerme, tiene que darle la teta todo el tiempo, tiene que cambiar pañales; el bebé recién nacido exige una disposición que puede llevar a provocar un odio, pero es un odio objetivo. Entonces, él dice que este odio objetivo es muy importante que se haga consciente, o sea, que no quede reprimido. Winnicott sugiere que la madre odia al bebé antes que este la odie a ella y antes que el bebé pueda saber que la madre lo odia. Les pasa lo mismo a todos estos pacientes graves; es probable que el analista odie al paciente antes que este, pero son pacientes que todavía están en una situación donde el yo no está en condiciones de hacerse cargo del odio. El odio existe, como dije al principio, cuando se logra una cierta integración. Ahora, entonces, este odio o esta destrucción del objeto a expensas del objeto externo es la posibilidad de crear un mundo de una realidad compartida, y luego poder usar el objeto. El objeto tiene sus propias características y tiene una sustancia distinta, y eso le permite usarlo como un objeto externo, y no en el mundo subjetivo, con la omnipotencia, es decir, puede disponer de los objetos, puede disponer del otro, pero en un sentido de compartir, de convivencia.

v. R.: Ahora, ¿cómo pasaría el niño del odio del medio ambiente a poder amar?

- s. B.: ¿Cómo? ¿El odio ambiente a qué llamás?
- v. R.: A este odio que es primero, antes que el odio de él; esto que habla en los pacientes graves, en la contratransferencia, así como la madre odia al niño por toda la demanda, ¿en qué sentido eso se vuelve condición del amor para que el niño pueda amar?
- s. B.: Pueda amar objetivamente; yo creo que el amor objetivo, como el odio objetivo, tiene el valor de quedar fuera de la zona de omnipotencia y proyección. La relación con el otro tiene una base menos narcisista y más objetiva. No sé si... Soledad, ¿quierés hacer alguna pregunta o alguna cosa que pienses?
- s. s.: En realidad, esto que estabas diciendo sería como la parte más positiva del odio, ¿no? Esto que decías de Winnicott, que para que uno se apropie del mundo o ame, es necesario el odio, y cómo generalmente está visto más desde lo negativo, desde lo destructivo.
- s. B.: Ahora, hay otra noción de lo paranoide en Winnicott, cuando dice que la integración crea un sujeto en crudo, diríamos, paranoico, porque al integrarse el yo, aparece la distinción entre el yo y el Otro, todo lo que es distinto de mí es una amenaza. Se acerca al planteo freudiano de la repulsa del yo narcisista a los estímulos del mundo externo, aunque no lo nombra, un sujeto paranoide, porque todo lo que es distinto de mí es una amenaza.
- v. R.: Sí, esto que tu decías me hacía acordar al complejo del prójimo de Freud, cómo el bebé asimila, se identifica con lo que considera como igual o parecido a sí mismo, y lo otro le es ajeno, pero esa ajenidad es lo que lo ayuda a ir estructurando la alteridad.
- v. R.: Bien, ¿tú sentís que hay algo en los últimos años que influya, algo de lo cultural, en el incremento del odio en el sujeto? Por ejemplo, en el vínculo primario, en estos momentos en los que hay una cultura muy narcisista, y si eso incide en que la madre pueda estar menos disponible para poder brindar todo esto tan necesario.
- s. B.: Mirá, Vivián, yo no sé si lo adscribiría a la relación con la madre. A mí me gustó, de las lecturas que hice, André Green, que en uno de los libros habla de la *malignidad del mal*. Dice que la malignidad del mal se ejerce para aliviar una tensión. No engendra ningún deseo, no está movida por ningún deseo, prácticamente, sino que se ejerce en la

indiferencia, la indiferencia de una psiquis que ha dejado de fantasear, que ha quedado prisionera de una acción desencadenada por un motivo mecánico, que es esto de aliviar una tensión, como una cosa más proyectiva, yo creo más expulsiva, donde se procura una aniquilación de todo lo que no es él. Acá aparecería más cerca de lo narcisista. Green plantea que la malignidad del mal se ve más en un campo social. Podemos pensar en pautas culturales, donde se naturaliza la violencia. El otro día una persona me comentaba cómo está naturalizada la violencia, relataba de una persona que entra al lugar de trabajo a los gritos, insultando a un compañero que no estaba presente. Dice que esto no es una situación aislada. Observamos una pérdida de los límites, conjuntamente con una dificultad para contener sus emociones, al tiempo que, yo diría, una pérdida del respeto hacia el otro. En la medida en que esta violencia, violentación, está naturalizada, nos interroga sobre el efecto de lo cultural en la violencia. Creo que lo social merecería un estudio porque ahí entran las instituciones y la sociedad, no solo entra el vínculo con la madre.

- V. R.: Sí, yo opino que lo más tóxico para el ser humano es la indiferencia, más que el odio.
- S. B.: Sin duda, es la indiferencia y esto que él dice, la falta de la empatía con el otro, la compasión por el otro, entonces, yo diría, esta psiquis que queda prisionera donde hay una carencia de la fantasía más del orden de lo libidinal, del fantasear.
- V. R.: Por la falta de investimento.
- S. B.: Por la falta de investimento, pero mirá que el investimento también puede venir desde lo cultural.
- V. R.: Sí sí, es muy difícil teorizar sobre cómo incide lo cultural en lo psíquico, ¿no? Pero la cultura de la indiferencia hacia el otro me parece que promueve la cosa más destructiva del ser humano.
- S. B.: ¿Tú dirías que la indiferencia produce una reacción en el otro, destructiva?
- V. R.: Quizás porque al no ser libidinizado, investido, tratado con indiferencia, promueve que surja esto que trae Green de la desobjetalización del objeto, entonces el individuo queda encerrado, empobrecido, sin deseo, sin placer, sin búsqueda; se autodestruye y es capaz de destruir sin odio.

- s. B.: Sí, sin un contenido psíquico libidinal, que es lo que Green dice, es una psiquis que dejó de fantasear, está acorralada en este acto de descarga mecánica, en muchos casos, naturalizada.
- v. R. y s. s.: Muchas gracias, Silvia, por el enriquecedor y cálido encuentro. ♦